



ALVARO LOPEZ NUÑEZ

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

España y los Sordomudos

CONFERENCIA RADIADA DESDE EL
ESTUDIO DE UNIÓN RADIO DE MADRID,
EL DÍA 3 DE FEBRERO DE 1936



UNIÓN POLIGRÁFICA, S. A.
San Hermenegildo, 32
MADRID



ESPAÑA Y LOS SORDOMUDOS

T. 1132533
C.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY [Name]

1998



ALVARO LOPEZ NUÑEZ

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

España y los Sordomudos

CONFERENCIA RADIADA DESDE EL
ESTUDIO DE UNIÓN RADIO DE MADRID,
EL DÍA 3 DE FEBRERO DE 1936



UNIÓN POLIGRÁFICA, S. A.
San Hermenegildo, 32
M A D R I D



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES



PHILOSOPHY DEPARTMENT

CHICAGO, ILL.



España y los Sordomudos

En este ciclo de conferencias de divulgación, en el que se está exponiendo la obra de España en el concierto de la civilización universal, no podía faltar la mención de uno de los más grandes y beneficiosos inventos de que puede ufanarse el ingenio humano, es a saber: el que se refiere a la enseñanza de los sordomudos, honor que nadie puede disputar a nuestro país. De él nos vamos a ocupar brevemente, con gran satisfacción y la mejor voluntad por nuestra parte, aunque lamentemos que tan importante asunto no haya sido encomendado a mejor expositor que nosotros.

No es necesario esforzarse en encomiar la importancia de la palabra, como expresión y aun agente del pen-

samiento. Todo el mundo la comprende, pudiendo decirse que la palabra es como el índice de la racionalidad. Todo el mundo conoce, además, la triste condición de las personas que, por una u otra causa, se hallan privadas de tal medio de expresión. Nada tiene, pues, de extraño, que durante siglos e interpretando mal un texto de Aristóteles, se tuviese a los sordomudos como seres incapaces de razón y, por tanto, equiparados a los idiotas o a los dementes. Sumergidos en la zona de la conmiseración pública, aquellos desventurados, si lograban librarse de las burlas y el menosprecio de las muchedumbres, no podían aspirar a otra cosa que a una mísera existencia vegetativa que no se diferenciaba mucho de la que llevan los animales. Y así durante siglos y siglos, sin que nadie pensase en buscar los medios para arrancar a los sordomudos de tan deplorable situación.

En una conferencia de vulgarización como es la presente no será ocioso indicar que el origen de la sordomudez es la sordera, que impide a las personas privadas de oído aprender a hablar oyendo las palabras. La sordomudez nada tiene que ver con otros

casos de mutismo o afasia, en que el sujeto no habla por anormalidad patológica de ciertos órganos, ya centrales, ya propios del aparato fonador. La sordomudez es un caso de ignorancia de la palabra no oída: el sordomudo no habla porque, por ser sordo, no ha podido aprender a hablar, como no habla francés el que no ha aprendido este idioma. El niño aprende a hablar oyendo las palabras a su madre y a sus familiares. Por eso tiene tan alarmante importancia la sordera absoluta en los primeros años de la vida, porque ocasiona la mudéz; y aún, en edad madura, la falta de oído influye perjudicialmente en el recto uso del lenguaje, ya que el sordo privado de la función ordenadora y rectificadora de la palabra, emite ésta irregular, ingrata y cacofónica, como nos lo indica a todos la experiencia.

Grave mal humano y social es la sordomudez, y muy frecuente, por desgracia, en el mundo, por ser muchas las causas que pueden producir la sordera, entre las cuales se halla la herencia.

Estaba reservado a España el honor de soltar la lengua a estos infeli-

ces, y pronunciar, como el Divino Maestro, el *Efeta*, para dar a los mudos la noble perfección de la palabra que los arranca del aislamiento y los incorpora a los beneficios de la vida social. Es éste uno de tantos descubrimientos que el mundo debe a nuestra patria, de la que se ha dicho con razón que es un pueblo de precursores, pues la mayoría de los inventos de que está formada nuestra civilización occidental, hoy en crisis, a España se deben, aunque otros pueblos hayan venido detrás a utilizarlos y aun a perfeccionarlos, por nuestra desidia y falta de perseverancia bien notorias. Llenos están los anales históricos de testimonios que certifican esta acción delantera de España en el progreso, así como de nuestra incapacidad para conservar las invenciones y aprovecharnos de sus beneficios.

Y esto es lo que ocurrió con la enseñanza de los sordomudos. A mediados del siglo XVI, vivía en el monasterio benedictino de San Salvador, de Oña, cerca de Briviesca, un humilde religioso llamado Fray Pedro Ponce de León, de cuya persona se tienen pocas noticias, pero cuya obra, por

tantos títulos admirable, se conoce perfectamente. Se supone con fundamento que era de tierra leonesa, y consta que se había educado en el famoso monasterio de Sahagún, testigo de sonados hechos de la historia de España. En 1550 le hallamos profeso en el monasterio de Oña que, por aquel entonces, tenía alto renombre en la ínclita Orden de San Benito. Bien lo acredita la magnificencia de su fábrica, que es un bello ejemplar del estilo gótico, y el sumo aprecio en que le tuvieron los monarcas de aquellos tiempos al elegirle para enterramiento real: allí están sepultados, en efecto, el conde D. Sancho de Castilla y su mujer, fundadores del convento; su hijo, el desventurado don García, asesinado por los Velas en León; los reyes Sancho el Mayor, de Navarra, y su mujer; Sancho II, el de Zamora, y los infantes D. García, hijo del emperador Alfonso VII, y D. Felipe y D. Enrique, hijos de Sancho IV el Bravo. El emperador Carlos V, de paso para Yuste en 1556, se detuvo en Oña porque quería visitar nuevamente el monasterio, y aquel "mayor monarca del orbe—dice el P. Barreda—no acabó,

mientras vivió, de ponderarle, y si la vista de este magnífico monasterio y delicia del valle en que está fundado, hubiera precedido a su determinación santa de retirarse a Yuste, aquí se hubiera quedado." En lo que se refiere al cultivo de las ciencias, hemos de decir también que en aquel recinto se profesaban con singular esmero las disciplinas más en boga en la época, y que de sus aulas salieron varones insignes, que alcanzaron gran fama por su sabiduría.

Ya hemos indicado, que el paso demoledor del tiempo nos ha privado de muchas noticias referentes a Ponce. No conocemos su preparación literaria y científica para la magna obra en que había de brillar como astro de primera magnitud. Por la solidez, trascendencia y eficacia de su empresa de enseñanza de los sordomudos, presumimos que ésta no pudo surgir por generación espontánea, sino que debió de ser maduramente elaborada en su entendimiento, ilustrado abundantemente por el estudio y la meditación.

Lo que sí sabemos, es que antes de Ponce, nadie en el mundo se había preocupado de la redención de los sordomudos por la palabra, sin duda

porque al interpretar en las escuelas torcidamente el texto de Aristóteles en que se dice que los mudos emiten sonidos, pero no palabras (texto que sabiamente explicó nuestro malogrado amigo el Sr. Bonilla y San Martín), se consideraba a los sordomudos como seres privados de razón e incapaces, por tanto, de enseñanza.

No pensaba así Ponce, y se sabe, que para la debida interpretación del texto aristotélico, compuso una obra que no llegó a publicarse, y cuyo manuscrito, desgraciadamente, se ha perdido. Pero lo que, por fortuna, se conserva, es la historia bien documentada de estos gloriosos orígenes de la enseñanza de los sordomudos, profesada en el monasterio de Oña por el venerable benedictino.

Consta, por testimonios documentales auténticos, que Ponce tuvo por discípulos a los hijos de D. Juan Fernández de Velasco, marqués de Berlanga y de Astudillo, llamados D. Francisco, D. Pedro, doña Bernardina y doña Juliana, y a D. Gaspar Gurrea, hijo del Gobernador o Justicia de Aragón. Teniendo en cuenta el profundo espíritu caritativo del maestro y la índole benéfica de

la enseñanza, es de presumir que a la cátedra de Ponce asistieran otros muchos discípulos sordomudos pobres, cuya memoria, por eso, no se ha conservado. Podemos, pues, afirmar que al mediar el siglo XVI funcionaba en Oña la primera Escuela de Sordomudos del mundo, primera en el tiempo y primera también en la calidad, como lo acreditan los resultados en ella obtenidos.

Conocemos el maestro, conocemos los discípulos y conocemos el aula o local de la enseñanza. Pero ¿cuál era el método en ésta empleado por el glorioso maestro benedictino?

Desde luego, podemos decir que no era el método llamado mímico o de los signos convencionales, implantado en Francia dos siglos más tarde por el famoso abate L'Epée, el cual, con esta enseñanza de la mímica convencional, retrasó enormemente el avance de la buena doctrina, que es, naturalmente, enseñar a los mudos la palabra, para que todos los entiendan, no los signos o ademanes artificiosos, que sólo comprenden quienes los han aprendido. Tampoco empleaba Ponce el que ahora se llama método oral puro, que consiste en

enseñar a los sordomudos la palabra por articulación directa y la lectura en los labios del interlocutor, arte sutil que hoy cultivan ya en España buen número de maestros con los más felices resultados.

Ponce empleaba un método que puede llamarse mixto de palabra y de escritura, con el cual sus alumnos aprendían a hablar y a escribir, y con ello adquirían el instrumento para llegar a una completa instrucción. Cómo fuera este método nos lo va a decir uno de sus mejores discípulos: el joven D. Pedro Tovar, de la ilustre familia de los Fernández de Velasco, tan castigada por esta desgracia de la sordomudez. Escribe Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades de las ciudades de España* (Alcalá de Henares, 1565), que habiendo preguntado un amigo a Fray Pedro Ponce cómo había comenzado a enseñar el habla a D. Pedro, éste, que se hallaba presente, contestó de palabra primero y después por escrito, lo siguiente: "Sepa vuestra merced, que cuando yo era niño que no sabía nada, *ut lapis*, comencé a aprender a escribir primero las materias que mi maestro me enseñó, y después escribir todos los voca-

blos castellanos en un libro mío que pare esto se había hecho. Después, *adjuvante Deo*, comencé a deletrear, y después pronunciar con toda la fuerza que podía, aunque se me salió mucha abundancia de saliva. Comencé después a leer historias, que en diez años he leído historias de todo el mundo, y después aprendí el latín." Añade Ambrosio de Morales que este joven "vivió poco más de veinte años y que en esta edad fué espanto lo que aprendió, pues además del castellano, hablaba y escribía el latín casi sin solecismo, y algunas veces con elegancia, y escribía también con caracteres griegos."

Conocemos, pues, el método de Ponce por declaración verbal y escrita de uno de sus discípulos. Veamos ahora lo que sobre el particular escribió un gran maestro, el Divino Valles (no Vallés), insigne filósofo y físico, protomédico de Felipe II y uno de los varones más sabios de su época, el cual en su libro *De sacra philosophia* (Lugdini, 1595), dice de Ponce lo siguiente: "Pedro Ponce, monje de San Benito, amigo mío, enseñaba a hablar a los sordos de nacimiento, ¡cosa admirable!, no por otro procedimien-

to que enseñándoles primero a escribir, indicándoles con el dedo aquellas cosas que las letras significaban y después provocando en la lengua los movimientos correspondientes a las palabras."

Otro preclaro ingenio de la época, el Padre Juan de Gastañiza, nos ha conservado también noticias de la enseñanza de Fray Pedro Ponce en su obra *La vida de San Benito* (Salamanca, 1583), donde se lee: "Pedro Ponce, monje profeso de Sahagún, por industria enseña a hablar a los mudos, diciendo el gran filósofo Aristóteles que es imposible; y ha descubierto por verdadera filosofía, la posibilidad y razones que hay para ello, y lo dejará bien probado en un libro que de ello tiene escrito. Y lo que más admira es que no pudiendo oír humanamente, les hace oír, hablar y aprender la lengua latina con otras, escribir y pintar y otras cosas, como es buen testigo D. Gaspar de Gurrea, hijo del Gobernador de Aragón, discípulo suyo, y otros algunos."

Finalmente, hemos de citar también otro texto curioso, nada menos que del Príncipe de nuestros ingenios, Miguel de Cervantes, el cual, en su

novela titulada *El licenciado Vidriera* (Madrid, 1613), dice que "un religioso de la Orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y, en cierta manera, hablasen, y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso." Por esta breve noticia de la admirable novela cervantina, aparte otros testimonios auténticos, se ve que pocos años después de la muerte de Ponce, acaecida en 1584, ya había en España maestros que enseñaban a hablar a los mudos y les educaban en otras disciplinas del saber humano.

Queda, pues, indudablemente demostrado que la Pedagogía de sordomudos nació en España a mediados del siglo XVI, y que nació poderosa, con eficacia suficiente para realizar la función esencial de esta clase de enseñanza que es la de dotar de palabra a quienes están privados de ella, convirtiéndoles de sordomudos en sordoparlantes.

La muerte de Ponce no apagó la lámpara por él encendida en el aula de San Salvador de Oña. En los pri-

meros años del siglo XVII aparecen en la escena de la Pedagogía especial española dos figuras de gran relieve, dignas de ser continuadoras de la obra admirable del inmortal benedictino leonés: Manuel Ramírez de Carrión y Juan Pablo Bonet, físico el uno y militar y político el otro, de quienes conservamos noticias muy preciosas.

Ramírez de Carrión era hombre muy versado en las ciencias físicas, tal como entonces se entendían siguiendo la doctrina aristotélica. Escribió un libro titulado *Maravillas de naturaleza en que se contienen dos mil secretos de cosas naturales dispuestos por abecedario a modo de aforismos fáciles y breves de mucha curiosidad y provecho* (Montilla, 1629). En los artículos de esta obra referentes a las palabras *oído, sentidos, sordez y sordo*, se contienen noticias del mayor interés sobre el tema que ahora nos ocupa y sobre el método de enseñanza que este gran maestro empleaba para dar la palabra a los mudos. Ramírez era murciano, y vivía en Montilla como secretario y maestro del joven marqués de Priego, duque de Feria, sordomudo, a quien enseñó a hablar tan cumplidamente, que su fama se

extendió bien pronto por todo el país. No sin gran resistencia por parte del maestro y del discípulo y por la intervención del rey Felipe III, se consiguió traer a Ramírez a la Corte, para que enseñara al marqués del Fresno, hermano del condestable de Castilla, y al príncipe Emmanuel Filiberto, hijo del príncipe de Saboya y de la princesa de Cariñán, quienes noticiosos de la pericia y saber de aquel gran maestro habían traído a España al niño sordomudo en busca de remedio para su desgracia. Consta también, que Ramírez tuvo otros discípulos. El maestro guardó siempre secreto su método de enseñanza, que parece ser el mismo de Ponce, y tan eficaz como lo demuestra aquella réplica con que el marqués del Fresno contestó enérgicamente a uno que le preguntó si era mudo: "Yo no soy mudo, sino sordo." "Y, en efecto, como dice el mismo Ramírez de Carrión en el prólogo de su libro, este joven, "en sólo cuatro años, aprendió a leer, escribir, hablar y discurrir con tanto acierto que no se le conoce otro impedimento que el de la sordera."

Viene detrás de Ramírez de Carrión en esta gloriosa teoría de pre-

cursores, el aragonés Juan Pablo Bonet, autor de la obra *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar los mudos*, primer libro que se escribió en el mundo sobre estas materias, y que salió a la luz pública en el año 1620, de la oficina del impresor madrileño Francisco Abarca de Angulo; libro traducido a todas las lenguas europeas, y para cuya comprensión aprendió el idioma castellano el célebre abate L'Epée. Bonet fué hombre de extensa cultura humanística, militar y político eminente al servicio del condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, emparentado con los primeros discípulos de Ponce, de que ya hemos hablado. Siendo secretario del condestable y, después de la muerte de éste, de su viuda, conoció en la casa de estos señores a Manuel Ramírez de Carrión, que era maestro del niño sordomudo hijo de aquéllos. Cuando Ramírez de Carrión hubo de reintegrarse a Montilla, para continuar siendo maestro y secretario del sordomudo marqués de Priego, tomó Bonet a su cargo la enseñanza del niño del condestable, y parece que no tuvo otro origen la vocación de Bonet por estas materias.

El libro de Bonet es por muchos conceptos admirable. Se trata de una obra gramatical, especialmente de fonética, cuyos elementos analiza el autor con sumo acierto; pero, además, tiene un alcance pedagógico de alto estilo, porque se adelanta a muchos principios que aún hoy mismo se tienen por esenciales en la técnica de la enseñanza. El método de Bonet es mixto, como el de Ponce, pues emplea la escritura y la palabra, añadiendo un nuevo elemento que parece no conoció el benedictino, a saber: la dactilología o arte de formar letras con los dedos de la mano, luego ampliado por el abate L'Épée y su continuador Siccard, propugnadores de los signos llamados metódicos. Es también merecedora de nota en el libro de Bonet, su teoría pedagógica sobre la intuición directa y el conocimiento de la realidad, para dar a entender al sordomudo la relación entre el pensamiento y la palabra, llegando en este punto hasta el intento de enseñar al alumno las ideas abstractas, escollo en que siempre se han estrellado los maestros que no han penetrado los secretos de la función intelectual.

Presentadas a toda luz las tres gran-

des figuras de la sordomudística española, verdaderos precursores de este arte: Ponce, Ramírez de Carrión y Bonet, creemos haber cumplido el propósito de dar a conocer los gloriosos orígenes de esta Pedagogía especial que ningún otro pueblo puede disputar a España. Pero es también de justicia recordar los nombres de otros maestros de nuestra tierra que brillaron con honor en esta difícil zona de la enseñanza: tales, el gallego Pedro de Castro divulgador de lo que él llamaba el secreto de Ramírez de Carrión, y el hispanoportugués Jacobo Rodríguez Pereira, que alcanzó merecido renombre en París, cuando aquella ciudad era como el cerebro del mundo. Pereira practicó la enseñanza especial con felicísimo éxito y difundió por toda Europa nuestras ideas y nuestros métodos en orden a la Pedagogía de sordomudos.

El siglo XIX fué un período de decadencia para la sordomudística española. Ciertamente es que tuvimos un Colegio Nacional de Sordomudos con profesores dignísimos, movidos del mejor deseo en el ejercicio de su difícil misión; pero la influencia francesa, que en otras esferas de la vida na-

cional tanto daño causó a nuestro país, fué, asimismo, funesta para los sordomudos. El método mímico, inventado por el abate L'Épée, vino a retrasar un siglo la enseñanza de la palabra. Imitando servilmente al piadoso sacerdote francés, también aquí inventamos nuestro sistema de signos mímicos, que aún emplea la mayor parte de los sordomudos españoles. La mímica es el mayor enemigo de la palabra. Por eso los buenos maestros prescinden de ella y obligan a sus discípulos a hablar, huyendo de los signos y gestos más fáciles para el alumno y tal vez más expresivos. Y esta es la razón de llamarse *oral puro* el método que hoy siguen los especialistas, preconizado en los Congresos y Asambleas donde se han reunido los hombres que saben de estas cosas.

No hemos de hablar del lamentable abandono en que el Estado tiene la enseñanza de los niños sordomudos ni del atropello y bárbaro ultraje que a estos desdichados niños se les ha infligido arrojándoles de su propia casa del Paseo de la Castellana para dejarlos abandonados, sin enseñanza, sin pan, sin hogar durante tres años. No queremos que la natural in-

dignación turbe la alegría y la dulce serenidad del recuerdo histórico que tanto honra a España y a aquellos que en tiempos mejores amaron y protegieron la inocencia, la debilidad y la desgracia, encendiendo en las inteligencias la luz del saber y poniendo en sus labios la palabra, que es signo de racionalidad.

Y ahora, para terminar, y como bello remate de esta humilde conferencia, he de recordar aquellos versos con que Lope de Vega ensalzaba la obra de Bonet y que bien pueden aplicarse también a los otros gloriosos precursores:

Que si Dios puesto no hubiera
tan divino ingenio en vos,
sólo del poder de Dios
digno este milagro fuera.
De donde se considera
(debajo de la doctrina
que la fe nos determina),
pues que Dios lo puede hacer,
que os sustituye el poder
la misma ciencia divina.

